

«EL QUE NO ENTIENDE LA HISTORIA VE SÓLO EL CAMBIO PERO NO LA CONTINUIDAD»

Famoso por su estudio pionero sobre la utilización política de la imagen de Simón Bolívar, Germán Carrera Damas no vacila en augurar la superación de la crisis que afecta al sistema democrático venezolano. Su experiencia como historiador y testigo de acontecimientos cruciales de la segunda década del siglo XX (estuvo en Moscú el día en que se desintegró oficialmente la Unión Soviética) lo lleva a afirmar que poco entiende de la historia quien sólo ve los cambios y no aprecia la continuidad en los procesos humanos.

La vida de Germán Carrera Damas ha coincidido con el nacimiento de la república liberal democrática en Venezuela y con la caída, en el ámbito planetario, de los regímenes revolucionarios totalitarios, basados en el culto a la personalidad del líder supremo, la modificación a conveniencia del pasado y la supresión de las libertades individuales.

Preocupado por el devenir nacional, Carrera Damas ha enviado numerosos mensajes a sus compatriotas con el propósito de salirle al paso a los intentos de borrar la memoria de las gestas cívicas de los venezolanos. Ramón Piñango y Virgilio Armas Acosta, de *Debates IESA*, conversaron con el académico sobre la utilidad de la historia en estos tiempos.

Debates IESA: En 1970, cuando apareció *El culto a Bolívar*, la historia no estaba de moda. Hoy, en cambio, se aprecia un auge en

las ventas de obras históricas en las librerías. ¿Por qué se ha puesto de moda la historia entre los venezolanos?

Germán Carrera Damas: Sobre eso he reflexionado mucho. Mi campo de trabajo ha sido, fundamentalmente, la historia de la historiografía venezolana: cómo se ha escrito la historia, para qué se ha usado y cómo se ha enseñado. En otras palabras, me han interesado los usos y abusos de la memoria colectiva. Porque en la historia ambas cosas van juntas.

Con la historia quizás ha sucedido lo mismo que con diversos productos culturales: su demanda se ha masificado, porque la población ha aumentado, ha mejorado su instrucción y los medios de comunicación son cada vez más accesibles. Pero hay otra razón: los pueblos acuden a su historia con el fin de rendirse cuentas a sí mismos.

Durante mucho tiempo, el pueblo venezolano salió mal parado de su comparecencia ante el tribunal de la historia. Había una suerte de veredicto, no oficial, que nos condenaba por haber dilapidado los valores y la riqueza moral de la época de oro, gloriosa, de nuestra independencia, liderada por el Libertador Simón Bolívar.

Aparte de estas consideraciones enteramente locales, pienso que los hombres van a los libros para interrogar a la historia, para buscar salidas ante un estado de indeterminación, de indecisión, de duda, que los incomoda. Lamentablemente, a veces ocurre que los hombres le hacen preguntas a la historia que ella no puede responder.

¿Cuáles serían algunas de esas preguntas?

Por ejemplo, ¿cuál va a ser el destino del país? Ofrezco otra más: ¿somos



más patriotas que los colombianos? Esta clase de interrogantes no tiene nada que ver con la historia.

En Venezuela, si algo ha cambiado es el modo como el ciudadano comparece ante la historia. Ya no lo hace en un escenario de malestar, de desconcierto. En mi opinión, tiene muy poca conciencia histórica el académico o el especialista que no se percata de que somos un pueblo que ha realizado una proeza extraordinaria. En medio siglo salimos de un atraso estructural fundamental, que abarcaba todos los órdenes, y construimos una sociedad moderna que aspira a ser una sociedad democrática.

¿Se da cuenta el venezolano de ese logro?

Creo que sí. Tan se da cuenta que, a pesar de que durante diez años se le ha sometido a un bombardeo de negación del pasado, apenas hay una oportunidad de ser consecuente con ese pasado, el venezolano no la desaprovecha.

Pero nunca faltan los sectores intelectuales que se empeñan en afirmar que el pueblo no aprende ni se da cuenta de nada. Su visión del venezolano es tan pesimista que no consiguen captar en toda su magnitud el logro cívico de poner a valer a una sociedad en apenas cincuenta años.

Yo tenía 16 años de edad cuando en Venezuela la clase política en funciones abrió la participación política a las mujeres, que ni siquiera tenían derecho a votar, a pesar de que constituían más de la mitad de la sociedad. Recuerdo bien que, cuando fueron reconocidos los derechos políticos de las mujeres, muchos intelectuales consideraron que esta reforma equivalía, en la práctica, a entregarle el mando de la sociedad a minusválidos mentales. En esa época de fuerte machismo, ¿quién podía pensar que las mujeres tenían una concepción política propia?

Lo verdaderamente interesante es que, en aquel momento, nadie podía dar razones objetivas y de peso

sobre el éxito futuro de la reforma. Entonces, ¿cómo podía un hombre político de la época pensar que aquello era para bien? ¿Con qué elementos? ¿Con intuición? ¿Con fe? ¿Con esperanza? En todo caso, no era un factor que pudiese ser objetivado, medido. Nadie conocía a la mujer venezolana. Y sin embargo, la mujer votó por la democracia y ha seguido votando por la democracia.

Me parece que quienes someten a los venezolanos a un bombardeo permanente de negación del pasado cívico tropiezan con una situación curiosa: la intimidación y la amenaza no sólo no hacen mella en la convicción democrática de los venezolanos sino que, por el contrario, robustece esa vocación. El hecho más eminente en los últimos tiempos viene dado por la actuación de los jóvenes. Hablo de muchachos que apenas tenían diez años cuando este régimen comenzó, y hoy muestran una envidiable lucidez en su conciencia democrática.

El venezolano de este tiempo histórico está consciente de que tiene su

cupo de poder. Esto se debe, sin duda, a que hemos avanzado en la formación de ciudadanos. Claro, lo hemos hecho de manera dispareja, porque todavía hay una parte de la sociedad que no ha llegado propiamente a esta condición de ciudadanos. Pero existe un número considerable de ciudadanos en Venezuela, y esos hombres y mujeres se resisten a abandonar su posición. No ha habido ningún medio para convencerlos o intimidarlos. Hoy la oposición, como se les llama a estos

«El venezolano de este tiempo histórico está consciente de que tiene su cupo de poder»

ciudadanos, es más fuerte que nunca y será cada día más fuerte.

Hay quienes recurren a explicaciones psicologistas o culturalistas para buscar el origen de todos los males de la sociedad contemporánea.

En momentos de desorientación y desconcierto social resultan muy interesantes los libros que brindan una explicación amena y sencilla de los problemas que incomodan y agobian a la sociedad. Entre otras razones, porque su lectura salva al ciudadano de cualquier responsabilidad o complejo de culpa.

¿Pertenece, entonces, al grupo de personas que ven el vaso medio lleno?

A menudo me dicen que soy un optimista, pero no es así. Tampoco soy un pesimista. Me apoyo en lo que denomino «la certidumbre histórica».

El pueblo venezolano tomó un camino. Ese camino lo he identificado como «la larga marcha de la sociedad venezolana hacia la democracia». Y esa marcha arranca en 1863 con el Decreto de Garantías, dictado por el general Falcón, que afirma: «Ante la revolución, ha llegado la hora de que los cánones de la democracia se conviertan en las pautas de la vida civil y política». De 1863 para acá ha habido eclipses, situaciones dramáticas, terribles. Pero, ¿qué sociedad, que haya tomado el camino de la democracia, no ha enfrentado tales situaciones, incluso en muchos aspectos con mayor intensidad que en la nuestra? Es el balance de esta sociedad nuestra lo que me hace decir que tengo la certi-

dumbre histórica de que, en un lapso históricamente breve, un par de generaciones, seremos una sociedad genuinamente democrática.

UN ERROR DE LA BURGUESÍA

¿Somos hoy más democráticos que en 1950?

Definitivamente, sí. Y, por supuesto, muchísimo más democráticos que en 1946, cuando todo esto comenzó,

porque hay que recordar que los cambios mayores se registraron a partir de 1945. Hasta ese momento, cuando se decía «Ese presidente fue un demócrata» se hacía referencia a que no había puesto gente presa ni mandado a los opositores al exilio. Pero es bueno destacar que dar o quitar la libertad equivale a negar la libertad. Ningún gobernante está facultado para dar o quitar lo que es un derecho humano.

En relación con los hechos del año 1863, hace referencia al pueblo. Sin embargo, quien hizo el Decreto de Garantías fue, técnicamente, un oligarca. ¿Dónde está el pueblo allí?

Esta reflexión resulta terrible, pero Gil Fortoul en la *Historia Constitucional de Venezuela* afirmó: «En Venezuela los verdaderos demócratas vienen de arriba».

Usted alguna vez dijo: «Ezequiel Zamora era popular, pero no revolucionario».

En absoluto era revolucionario. Confundir «pueblo» con «democracia» y con «revolución» es un error. Todos los gobiernos autocráticos se han legitimado en la noción de pueblo. Todos los gobiernos contrarrevolucionarios también se han apoyado en el concepto de pueblo. Por lo tanto, de allí no se puede extraer una equivalencia genérica.

Pero hay algo más: la democracia no se originó en el pueblo. La democracia es un invento de la burguesía para combatir a la aristocracia; porque el aristócrata nace, en cambio el burgués se hace. Entonces, ¿cuál era la única forma de enfrentarse a la aristo-

cracia? Darle al hombre la posibilidad de contar con una fuente de poder distinta a la nobleza del nacimiento.

Cuando habla del espíritu democrático de la población venezolana parece referirse únicamente al sector político denominado oposición.

Cuando se reúnen en la calle 750 mil personas que no han sido convocadas por un líder, por un mesías o por un partido político, me pregunto: ¿quién las convoca? ¿Por qué van?

¿Pero qué dice de la gente que se reconoce como chavista?

A esa parte de la población hay que llevarla en autobús, hay que pagarle, hay que darle alguna comida. Pero, en cambio, ¿qué les dan a los otros? ¿Qué los mueve? ¿Qué los lleva? Ahora, si solamente en Caracas es posible reunir 750 mil burgueses, sin sumar a los otros tantos que decidieron quedarse en sus casas y no salir a la calle... ¡Caramba!

Yo me paro en las manifestaciones. Me pongo a verlas y observo caras de todas las edades, de todos los tonos de piel, de todos los estratos socioeconómicos. ¿Qué los trae? ¿Por qué se mueven una y otra vez, sabiendo incluso que esas manifestaciones pueden ser peligrosas? Insisto, ¿qué los lleva?

Puede ser el miedo.

¿El miedo a qué?

El miedo a perder las propiedades, a perder las libertades. ¿Cómo explica que el chavismo tenga más arrastre electoral que la oposición?

La única elección democrática en la que este régimen participó fue la de 1998. Y eso porque la organizó la democracia, pero del resto... El control de todo el aparato electoral ha estado en manos del gobierno. A partir de 1998, se han ido acumulando trabas y más trabas, limitaciones y más limitaciones, que han hecho de la acción de votar un acto de heroísmo. No conozco una sola disposición de las autoridades electorales actuales destinada a facilitar el proceso.

¿Pero cómo califica a esos venezolanos que apoyan a Hugo Chávez? No constituyen, en modo alguno, un fenómeno minoritario.

Pero es que Chávez no llegó al poder llevado por ese sector. Él llegó al poder de manos de la burguesía. ¿De dónde salieron los recursos? ¿Quién le franqueó el acceso a los medios de comunicación? ¿Quién le redactó el guión para moverse? Chávez es un producto de la burguesía venezolana. Pero no es la primera vez que la burguesía se equivoca. Ellos «le compraron pueblo» a ese señor. No había ningún antecedente que nos recomendará a este señor como un buen producto, como algo eficaz para algo. En el sentido mercadotécnico del término, ¿quién le vendió el producto Chávez a la sociedad venezolana?

¿Es la primera vez que la burguesía venezolana se equivoca?

En rigor, hasta 1946 no podemos hablar de una burguesía venezolana estructurada. Antes no existía tal cosa como el mercado venezolano ni había agencias bancarias en la provincia. Es decir, la burguesía venezolana nace fundamentalmente impulsada por una necesidad de la democracia. La democracia necesitaba una burguesía. Y por eso, en su momento, se creó en 1946 la Corporación Venezolana de Fomento.

Antonio Guzmán Blanco también se esforzó en crear una burguesía venezolana.

No, Guzmán Blanco no buscó crear una burguesía. Él se empeñó en modernizar, no a la sociedad, sino a la administración pública y los servicios de infraestructura para propiciar el desarrollo, siempre bajo los lineamientos del modelo norteamericano.

Usted dice que las personas suelen buscar un remanso en el pasado. Pero, ¿no existe la posibilidad de que esa búsqueda termine en el hallazgo de antiguos horrores y nuevas angustias?

La historia es como el Oráculo de Delfos. Cuando Cresos, rey de Lidia, interrogó al Oráculo, éste le respondió: «Si atacas a Ciro un gran reino se perderá».

«En Venezuela confunden independencia y libertad, y cualquier chafarote llega a decir: “No se metan en nuestros asuntos, porque Venezuela es un país libre”. Y cada día constatamos cómo un país puede aparentemente ser independiente y estar privado de su libertad»

Esta respuesta terminó de convencer a Cresos de volcar su ejército contra Ciro y, de este modo, apropiarse de Persia. Sin embargo, sucedió todo lo contrario. Después, Cresos, derrotado, volvió a Delfos para quejarse: «Oráculo, yo te pregunté sobre mi intención de atacar a Ciro, y me vaticinaste que un reino se perdería». El Oráculo le replicó: «Efectivamente, yo te dije lo que te vuelvo a decir: “Si atacas a Ciro un gran reino se perderá”». Igual pasa con la historia: si se le hacen preguntas tontas, dará respuestas para tontos.

¿Puede dar un ejemplo de una pregunta tonta que, actualmente, le estamos haciendo a la historia?

Por ejemplo, ¿se puede hacer una historia teniendo al pueblo venezolano como protagonista? Hay personas que dicen: «Hay que escribir la verdadera historia del pueblo, el pueblo como actor de la historia, porque la versión que aprendimos en el colegio está redactada por las clases altas». Tengo casi sesenta años oyendo esas frases. Todas esas son frases hechas. Mi respuesta es muy sencilla: no digan que hay que escribir la historia, escribanla. Pero aún nadie ha logrado inventar el método adecuado para hacer del pueblo un actor de la historia. Hubo marxistas que lo intentaron. ¿Por qué vía? Confundieron la historia con la historia económica, y la historia económica con la estadística. Creyeron

que así obtendrían la respuesta. De paso, suprimían todos los otros ámbitos del ser histórico que es el hombre, comenzando por su memoria. ¿Y qué

le daban a la sociedad? Le daban el *homo economicus* puro. ¿Pero acaso ése es el hombre histórico?

EL PASADO NO EXISTE

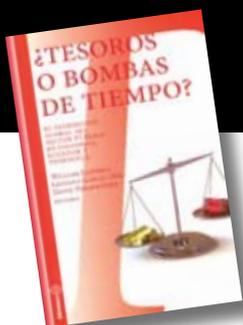
¿No hay actualmente en Venezuela una especie de neopositivismo, más chambón que el sostenido en su tiempo por Vallenilla Lanz?

No, lo que hay es pura y simplemente una falta de ética, porque en este punto específico nosotros tenemos una prueba a la mano: ¿han podido ser derogados algunos de los cambios socialmente significativos introducidos por la democracia en Venezuela? No.

Ni siquiera Pérez Jiménez pudo eliminar la práctica del voto.

Puede ser que, en un momento histórico determinado, los cambios socialmente significativos introducidos por la democracia hayan podido ser negados, combatidos o incluso falseados; pero ninguno de ellos ha podido ser históricamente derogado. ¿No revela esto que había una correspondencia entre una necesidad social, aunque no estuviera expresada con todas sus palabras, y lo que se le entregó a la sociedad en 1946?

En nuestros días se percibe en parte de la sociedad venezolana



¿TESOROS O BOMBAS DE TIEMPO?

WILLIAM EASTERLY, GUSTAVO GARCÍA OSÍO Y DAVID YURAVLIVKER



0212-555.42.63
edies@iesa.edu.ve

Colombia, Ecuador y Venezuela comparten una historia común. Sin embargo, con el paso del tiempo han ido perfilando sus propias tendencias ideológicas y de interacción con la comunidad internacional. En este libro, tres reputados académicos estudian, a la luz de un novedoso enfoque conceptual, el desempeño macroeconómico y financiero de estas tres naciones democráticas entre los años 1980 y 2000. Las lecciones extraídas, dada su inquietante relevancia, son de obligatoria lectura.

un ambiente de pesimismo militante, incluso revestido de cierto intelectualismo.

No es nada nuevo. Siempre lo ha habido. Y creo que en toda sociedad hay un porcentaje de la población que, ante una situación política autocrática,

«Confundir “pueblo” con “democracia” y con “revolución” es un error. Todos los gobiernos autocráticos se han legitimado en la noción de pueblo. Todos los gobiernos contrarrevolucionarios también se han apoyado en el concepto de pueblo»

se evade, se oculta, se doblega y construye justificaciones que apacigüen sus problemas de conciencia; en verdad, necesitan pretextos.

Voy a decir algo muy duro: hasta siento un poco de piedad por esa parte de la población. Con respecto a ella, me inclino más a la comprensión que a la censura, porque su conducta, entre timorata y oportunista, revela dos cosas: debilidad espiritual y cortedad intelectual. ¿Saben quiénes nos están dando una profunda lección de conciencia democrática? Los jóvenes.

¿Por qué?

Mientras se reúnen los expertos para discutir y perfilar la Venezuela deseable, la Venezuela necesaria, y estudiar las implicaciones de la volatilidad del precio del petróleo en el producto interno bruto, los jóvenes nos brindan el programa político más denso, más cargado de futuro y eficaz, con tan sólo dos palabras: democracia y libertad.

¿Pero no son esas ideas abstractas?

Por supuesto que son abstracciones. Pero muchos de los grandes conceptos que fundan la comunidad política y social son abstracciones. Dicen los místicos que en el mundo no se mueve una hoja sin que Dios lo sepa. ¿Pero quién ha visto a Dios? La patria es una abstracción. La nación es una abstracción. El amor también es una abstracción. Todo lo que realmente tienen un sentido en la vida es una abstracción.

Antes dijo que si se le hacían preguntas tontas a la historia ella daba respuestas para tontos. ¿Cuál sería una pregunta inteligente que le pudiéramos hacer a la historia?

Comencemos por la parte más alta: el poder. ¿Cuándo sabe un hombre que su etapa en el ejercicio del poder ha concluido? ¿Cuántos hombres han sido capaces de comprender eso y actuar en consecuencia? Si nos vamos al siglo XX, a la historia contemporánea, conozco sólo dos casos: Nelson Man-

delá y Rómulo Betancourt. Mandela montó la nación sudafricana y se fue, y en la actualidad está más presente que nunca. Sus antítesis, Robert Mugabe y Fidel Castro: no pueden dejar el poder.

Luego está el caso más cercano de Rómulo Betancourt. Ningún político venezolano bregó tanto por el poder como él. El período comprendido entre 1928 y 1964 representa un montón de años, y llegó un momento en que Betancourt dijo «hasta aquí», y fue capaz de hacerse a un lado para que aquello que había construido fuese sometido a la prueba de la verdad. Si el sistema político funcionaba era porque realmente había correspondido a una necesidad social. Si no funcionaba, pues desaparecería.

¿Es el pasado una cosa maleable, como propaganda o como ejercicio académico, interesadamente o no, por los historiadores?

Hay personas que dicen «voy a consultar el pasado», como si el pasado estuviese inscrito en un mármol; esto es, el pasado como oráculo.

El pasado no existe. Pero tampoco existe el presente ni mucho menos el futuro. Lo que verdaderamente existe es el tiempo histórico. Ahora, ¿qué es el tiempo histórico? Es una relación dinámica entre las tres divisiones cronológicas del tiempo. La relación tiempo-espacio hace que el pasado, como tal, no exista, bien sea porque lo veas como sucesión de épocas, desde los tiempos históricos más remotos hasta el presente, o porque lo entiendas en sentido espacial. Siempre se encuentra lo mismo: en la actualidad, conviven sociedades que están en el primer estadio de su desarrollo al lado de sociedades que están pensando en poblar

Marte. Para mí lo más importante es percibir «el cambio histórico», que está en función de lo que llamo «el tiempo histórico».

DE SÚBDITOS A CIUDADANOS

¿Para qué sirve la historia?

Para ayudar a ver el cambio y la continuidad en el cambio. El que no entiende la historia ve sólo el cambio pero no la continuidad. Hay quienes creen que negando el pasado están cambiando el mundo, y lo que verdaderamente está ocurriendo es que se están negando el futuro. ¿En qué terminan todos los movimientos ultrarrevolucionarios que niegan el pasado? Alemania hoy, ¿qué está haciendo? Restableciendo la República de Weimar. ¿Y Rusia qué está haciendo? Restableciendo la República de Kerensky. ¿No les parece esto irónico? Estamos hablando de una brecha de setenta años que luego desaparece sin pena ni gloria. ¿No dice esto mucho? ¡Qué grandes lecciones de historia nos ha arrojado el siglo veinte! Este es el siglo que más le ha hablado a la historia, por la aceleración de los acontecimientos; pero, al mismo tiempo, por la continuidad de las tendencias sociales.

¿Por qué el venezolano intenta acudir a la historia? Porque estamos viviendo un experimento reciente, que consiste en conformarnos colectivamente como una sociedad republicana.

LA PONZOÑA DE LA HISTORIA

¿Es la historia épica la clave para la cohesión de una nación?

En verdad, no lo creo. Si algo puede darle fuerza a una sociedad es su pensamiento histórico. El caso de Francia es particularmente importante. El francés se piensa a sí mismo a partir de su momento de esplendor; no se regodea en todos los momentos de degradación que le ha tocado vivir. Y por esta razón, Francia no tiene un héroe nacional.

Venezuela, en cambio, ha incurrido en el error, primero, de negar el pasado colonial: los monárquicos eran los españoles. Luego negamos a Colombia. ¿Por qué? ¿Qué significa si nosotros aceptamos a Colombia? Que la Batalla de Carabobo fue ganada por las fuerzas armadas de la República de Colombia, comandadas por un general venezolano llamado Simón

Bolívar. Entonces queda anulada, por falsa, aquella versión de la historia que nos relata que el creador de la independencia y de la nacionalidad fue el ejército de Venezuela.

¿Y qué es lo que dice la Ley Fundamental de Colombia, aprobada en Cúcuta en 1821? Que el Estado debe formarse sobre la base de los principios de las sociedades más avanzadas: libertad, seguridad (en el sentido de Estado de derecho), propiedad privada e igualdad. Estos son los cuatro principios fundacionales. Pero, entonces, vienen los historiadores marxistoides y suprimen el principio de la propiedad privada. Por esta vía se pretende escamotear el hecho de que nosotros nacimos bajo la égida de la propiedad privada como eje de los valores, no de cada ciudadano, sino de los valores del hombre. Esta manipulación de nuestra historia constitucional tiene unas implicaciones tremendas.

**¿Por qué borramos ese pasado?
¿A quién no le gusta?**

Evidentemente a los militaristas y los seudomarxistas, quienes ahora se dan la mano.

Según esta perspectiva, los marxistas están felices por la supresión de la propiedad privada. Pero, ¿por qué estarían felices los militaristas?

Los militaristas recuperan sus fueros y cuotas de poder al interpretar el principio de seguridad, no como la existencia de un Estado de derecho, sino como la vigencia del orden público. Esta interpretación contrasta con la clara disposición de la primera constitución, en la cual se establece que la seguridad consiste en impedir el retorno del despotismo. ¿Cómo? Con un lema extraordinario de la República de Colombia: «Colombia, independiente por sus armas y libre por sus leyes».

Pero aquí en Venezuela confunden independencia y libertad, y cualquier chafarote de éstos llega a decir: «No se metan en nuestro asuntos, porque Venezuela es un país libre». Y cada día constatamos cómo un país puede aparentemente ser independiente y estar privado de su libertad.

La historia, en este sentido, es un escorpión, y si le quitas la ponzoña puedes hacer con ella lo que están haciendo justamente ahora en Venezue-

«Venezuela ha incurrido en el error, primero, de negar el pasado colonial: los monárquicos eran los españoles. Luego negamos a Colombia»

la. ¿Pero eso es bueno? A mi juicio, es inútil. ¿Quién se acuerda de los historiadores soviéticos, nazistas, fascistas? ¿Qué representan estos autores en el panorama intelectual del siglo XX? ¿Quiénes son en la historia? Nada. Nadie.

Si tuviera que escoger un período de la historia que pudiese iluminar los tiempos que estamos viviendo, ¿cuál seleccionaría?

El tiempo histórico abarcado desde 1945 hasta nuestros días. ¿Por qué? Porque la segunda mitad del siglo XX fue implacable, fue el cementerio de las revoluciones. Todas ellas, ancladas conceptualmente en la Revolución Francesa y la Revolución Norteamericana, fueron devoradas por la segunda mitad del siglo XX. En verdad, la revolución bolchevique fue devorada. Yo fui militante del Partido Comunista.

¿Por qué fue militante del Partido Comunista?

Tenía dos razones fundamentales: una originada quizás por el influjo de mi padre y la otra nacida al calor de las circunstancias de la época. El marxismo es, esencialmente, un llamado a la

creación del «hombre nuevo» sobre la base del valor fundamental de la libertad. De este núcleo teórico nacieron cuatro tendencias: una, el leninismo, que luego degenera en otra: el estalinismo, que es todavía más grave; la tercera, el fascismo: no hay que olvidar que Mussolini fue comunista; y la última, el nacionalsocialismo. Estas versiones o vertientes del «humanismo marxista» tenían como característica común que habían abandonado el fondo

humanista y se habían convertido en teorías del poder, y, por lo mismo, lo primero que hacían, una vez llegadas al gobierno, era justamente suprimir la libertad. En este sentido, sus actuaciones suponían, en la práctica, decirles a las personas: «Dame tu libertad y yo te daré bienestar. Pero, eso sí, dame tu libertad ahora, que yo te daré bienestar en algún momento».

¿Percibe alguna continuidad entre la Venezuela de octubre de 1945 y la Venezuela de 2010?

Sí. El hilo conductor es la democracia y la sociedad. Pero la democracia tiene dos enemigos centrales: uno es la demagogia, una tentación siempre peligrosa porque el poder se obtiene por elecciones, y el otro adversario, no menos grave, es justamente lo que llamaría el respeto de los principios democráticos. La democracia plantea a los demócratas una verdadera carga explosiva: en la medida en que se respeten los derechos humanos de los ciudadanos, hay que dejarles un marco de acción a los enemigos. La verdadera democracia le exige al gobernante no erradicar al adversario. 🗣️

**EMPRENDEDORES VENEZOLANOS:
¿CÓMO CONVIRTIERON SUS SUEÑOS EN REALIDADES?**

FEDERICO FERNÁNDEZ Y REBECA VIDAL



0212-555.42.63
edies@iesa.edu.ve

Diez historias exitosas de iniciativa empresarial ofrecen una visión práctica de las claves para convertir sueños en realidades. Más que fórmulas mágicas, los autores presentan una gama de opciones para facilitar la compleja tarea de crear y llevar adelante un negocio propio. El mérito de los emprendedores que protagonizan estos relatos de éxito y compromiso personal reside en el adecuado balance entre oportunidad, recursos y equipos, pero también en la comprensión de las realidades del entorno venezolano.